

Rafael Montesinos (Coord.). *Perfiles de la masculinidad*. México, Plaza y Valdés / Universidad Autónoma Metropolitana, Iz-tapalapa, 2007, 317 pp.

Los estudios sobre la masculinidad, iniciados en la década de los noventa del siglo pasado, nacen como una respuesta a las investigaciones sobre el género, enfocadas en las distintas cuestiones de la mujer: su lugar dentro de la sociedad, la cultura, la historia, la familia; la subordinación de su *ser* y *hacer* ante el hombre y los esquemas patriarcales, su limitación o negación del uso del poder, su “representatividad” en cuanto a ser depositarias del capital simbólico, así como las variantes de estas formulaciones falonarcisistas.

La respuesta a esta problemática buscó un sustento teórico en los conceptos y categorías de las ciencias sociales, donde el fenómeno de la masculinidad se vuelve objeto de estudio y referente de algunos cambios experimentados en la realidad social. La cual ya no se ceñía, únicamente, a la caracterización tradicional del uso y abuso del poder, en sus distintas

acepciones y prácticas, sobre las mujeres, sino a los cambios estructurales,¹ políticos, sociales y culturales que dieron forma a nuevas identidades genéricas.

En este contexto se inscribe el libro *Perfiles de la masculinidad*, coordinado por Rafael Montesinos. Los análisis fueron elaborados por integrantes de la UAM-I, UAM-X, FCPS/UNAM; y de la Universidad de Caldas, Manizales, Colombia. El objetivo de esta obra es dar cuenta de aquellos aspectos de la estructura social que han impulsado el surgimiento de una masculinidad desapegada de la restricción convencional del *machismo*, más acorde con los vuelcos de la realidad. Hecho que

¹ El término “estructura”, cuando se habla del género en cuanto “estructura de relaciones sociales”, se apega al concepto de estructura social en tanto que “expresa las constricciones que subyacen a una forma específica de organización social. Pero en la mayoría de los casos los constreñimientos sobre la práctica social operan a través de una serie de instituciones sociales”. Véase R. Connell. *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*, p. 92. Tales “instituciones” se materializan en la familia, la religión, la escuela, la medicina, el Estado; es decir, en los espacios de privilegios de la masculinidad donde se garantiza el orden patriarcal, pero también se vulnera la estructura social, debido a la práctica de la acción humana como agente de la historia.

implica una manera distinta de asumirse como *hombre*, y resignificar el esquema mental de acuerdo con el vínculo con el otro (otra), que el trato común exige. El texto está dividido en ocho artículos, cuyos planteamientos tienen una base teórica desde la sociología, la antropología y la psicología social, y un reforzamiento empírico diseñado a través de entrevistas, encuestas e historias de vida.²

Para apreciar los aportes, veamos las líneas generales de cada investigación.

En “Cambio cultural, prácticas sociales y nuevas expresiones de la masculinidad”, de Rafael Montesinos, se parte de la premisa de que en la masculinidad está implícita la carga cultural; en ella, se establece un vínculo con la identidad, las relaciones sociales, la interacción entre los géneros y, simbólicamente y discursivamente, propicia la emergencia de nuevas identidades masculinas. Lo cual se patentiza en el proceso de socialización de los individuos, donde la cultura define una serie de caracterís-

ticas y cualidades para el varón. Según el autor, la sociedad proyecta en el imaginario colectivo un estereotipo para cada género, una forma de ejercer la identidad que determina el *deber ser* de hombres y mujeres.

La finalidad es ofrecer un punto interpretativo que posibilite la comprensión de los elementos por medio de los cuales los individuos construyen su identidad genérica. Su énfasis está en los conflictos concomitantes al cambio cultural que trae consigo la redefinición y emergencia de nuevas identidades genéricas en los varones.³

Con el apoyo conceptual de la sociología y la antropología, así como con la elaboración e interpretación de entrevistas, se hace un reconocimiento de las identidades masculinas del pasado y del presente, y se conforma una especie de tipología de la masculinidad.

En síntesis, la relevancia del artículo radica en la precisión de que tanto el cambio cultural, como la transformación de las estructuras sociales, políticas y económicas, impactan en la formación de las identidades genéricas.

El segundo aporte, “La construcción imaginaria de la sexualidad y la violencia masculina”, de Griselda Martínez V., sostiene la hipótesis de que en el cambio cultural todavía es posible reconocer la coexistencia entre lo viejo y lo nuevo. Esto, inserto en la modernidad, se define por la persistencia de prácticas sociales identificadas con el pasado, como es la

² Este libro continúa las investigaciones emprendidas en *Masculinidades emergentes*. Rafael Montesinos (coord.). México, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa / Miguel Ángel Porrúa, 2005. Donde se discute la cuestión del género, tomando como eje “la transformación que produce la emergencia de nuevas identidades femeninas y el efecto que esto tiene sobre la redefinición de la(s) identidad(es) masculina(s) que se debate entre un modelo tradicional y otro que todavía, a pesar de cuatro décadas de cambio cultural, no termina por definirse” (pp. 5-6). Esto se da desde los innegables cambios y transformaciones de cada ámbito de la realidad social, y con base en la incertidumbre de los imaginarios que han guiado a Occidente. Por eso, la masculinidad aparece como algo fronterizo o tangente en los cambios culturales, pues es un fenómeno en proceso que ha ayudado a transformar las concepciones respecto al modelo tradicional de la masculinidad, pero no ha conformado un corpus teórico-conceptual definitorio de su acción y axiología reales.

³ Al respecto, puede verse un análisis previo, detallado, de estas cuestiones en el libro de Rafael Montesinos. *Las rutas de la masculinidad*. En especial “Los enfoques de la masculinidad” y “Hacia una nueva identidad masculina”, pp. 71-129.

violencia sexual, la “naturaleza violenta del hombre” y la puesta en escena del erotismo.

Lo “nuevo” está dado por la revaloración de los espacios público y privado, y la construcción de un imaginario a partir de la “conciencia epocal”, regida por el equilibrio de géneros. Estos factores serán las características propias de una cultura deseosa de hacer a un lado las prácticas sociales ejercidas desde “lo masculino”.

En tercer lugar, está “La construcción cultural de la sexualidad masculina: un análisis discursivo” de Saúl Gutiérrez Lozano, donde se intenta demostrar la invariabilidad de comprender la sexualidad masculina en términos de actividad instrumental. Se parte del supuesto de que la sexualidad, en cuanto acción racional o instrumental, constituye uno entre múltiples discursos para dar sentido y organizar la experiencia de los hombres y su sexualidad. El objetivo es llegar a la descripción de la identidad masculina, construida mediante el uso del discurso del instinto sexual, y postular que semejante discurso impone un orden específico sobre las relaciones entre hombres y mujeres.

En el cuarto estudio, “Masculinidad: intergrupo e ideología”, de Óscar Rodríguez Cerda *et al*, se expone el material recabado sobre las cuestiones de la masculinidad, como objeto de pensamiento de grupos y personas; los grupos sociales en los que se manifiesta y la ideología subyacente. Aquí está en juego una especie de predeterminación social como definitoria del pensar y actuar del individuo, que lo orilla a asumir su identidad dentro de un grupo universitario y con respecto al área de conocimiento “propia de su género”. Desde luego que esto es

contrastado con los paradigmas genéricos y las identidades emergentes.

El quinto trabajo, “Masculinidad, adolescentes y representación social”, de María Teresa Acosta Ávila y Francisco Javier Uribe Patiño, se ocupa de lo identitario, desde la consistencia argumentativa de la psicología social, apoyándose en la formulación de la *representación social*, la cual, da cuenta del conocimiento del sentido común. El objetivo es indagar sobre el tipo de masculinidad operante en las estructuras mentales de los adolescentes.

La metodología se sustenta en una resemantización de las contradicciones inherentes en esta etapa del desarrollo humano, donde coexisten estereotipos sobre la masculinidad, pero también se perfilan nuevos horizontes sobre las representaciones sociales; y esto trae consigo concepciones y significados diversos sobre el particular.

El sexto artículo, “Las masculinidades: configuración social, campo de estudio y conocimiento”, de Gloria Inés Sánchez Vinasco *et al*, presenta una serie de reflexiones teórico-conceptuales sobre el género y la masculinidad. Traza la ruta de indagación sobre la cual se fue dando forma al objeto de estudio, la masculinidad, a partir de su referente, el patriarcado.⁴

⁴ Es pertinente anotar que: “Como categoría de análisis el patriarcado no puede ser entendido únicamente como dominación binaria macho-hembra, sino, más bien, como una compleja estructura piramidal de dominación y jerarquización, estructura estratificada por género, raza, clase, religión y otras formas de dominación de una parte sobre la otra”. Véase el libro de Leonardo Boff y Rose Marie Muraro. *Femenino y masculino. Una nueva conciencia para el encuentro de las diferencias*, p. 46.

El marco analítico, para la comprensión de las identidades de los sujetos, es la perspectiva de género, desde la cual se contempla la modulación de la subjetividad, enlazando las condiciones estructurales (marco social y cultural hegemónico), estructurantes (experiencias y aprendizajes particulares) y coyunturales (emergencia de detonantes no previstos), en las trayectorias de vida de los seres humanos.

La séptima investigación, "Masculinidades transnacionales: migrantes transnacionales en París", de Teresa Páramo, desarrolla la idea de que para tener una mejor comprensión de la masculinidad y la femineidad de las personas, así como de las sociedades contemporáneas, es necesaria una mejor comprensión de lo que son la identidad y el proceso identitario de los individuos. El trabajo se centra en el análisis del proceso identitario de una muestra de migrantes sudamericanos en París, y en la decodificación de historias de vida. La hipótesis es que el migrante, al dejar su espacio cultural, experimenta confrontaciones socio-culturales que afectan su identidad y su proceso identitario.

El libro concluye con, "Masculinidad, educación y trabajo en México: egresados y egresadas universitarios", de Marco A. Leyva Piña y Javier Rodríguez Lagunas. Aquí, se parte de la necesidad de continuar con la comprensión de la manera en que se transforman las condiciones sociales que configuran las relaciones de género, como una forma de acceder al entendimiento de la constitución, compleja, de las identidades de los hombres y de las mujeres. El estudio enfoca los ámbitos relativos a la incorporación al mercado de trabajo de egresados y egresadas universitarios.

Con base en datos empíricos obtenidos a través de encuestas sobre la formación profesional y la situación laboral, se presenta una reconstrucción del *hecho* desde una perspectiva de género. Así, el análisis manifiesta los procesos de redefinición de las condiciones estructurales y subjetivas, que pueden contribuir a la formación de varias configuraciones de la identidad genérica.

La lectura del libro genera la interrogante: ¿qué proceso cognitivo opera aquí?, pues la problemática abordada no sólo atañe al reconocimiento de la desigualdad genérica en todos los ámbitos del quehacer social, documentada y contabilizada prácticamente en todos los espacios. Sino también a la denuncia y la petición de un cambio de las normas imperantes que ponen en el mismo nivel de oportunidades a mujeres y hombres. Y uno puede argumentar que la masculinidad comporta un saber explicativo e implicativo, al estar enraizada en el devenir social cuyos correlatos siempre son el sujeto y el objeto.

Además, el debate sobre la masculinidad tiene que ver con el constructo social, antropológico y político que el hombre tiene de sí, visto en cuanto reconocimiento del otro (mujer) para con uno mismo, pues "El hombre hizo de la mujer la encarnación del otro, en el cual se permite descubrir, confirmar y proyectar su propio yo".⁵

Lo anterior, se orienta hacia el modelo hegemónico del varón, aquel incuestionable debido a su presencia y predominio en la *hechura* de los espacios público y

⁵ Leonardo Boff y Rose Marie Muraro. *Femenino y masculino. Una nueva conciencia para el encuentro de las diferencias*, pp. 45-46.

privado de la sociedad. Sin embargo, la presencia de grupos críticos respecto a la “legitimidad” de las estructuras operantes (patriarcales) en la vida de hombres y mujeres, ha llevado a los mismos hombres a “poner entre paréntesis” los supuestos derechos y valores conferidos por una tradición falonarcisista.

Pero, conviene precisar que la idea de *hombre* es una formulación que ha perdurado por un conjunto de estereotipos afianzados en la propia conducta de las mujeres, quienes reproducen el *modelo* en distintos espacios del ámbito laboral o familiar, cuando está de por medio el empoderamiento o las jerarquías generadoras de bienes materiales. Ésto da cabida a la pregunta ¿cómo arribar, realmente, a un *nuevo orden simbólico* y a una convivencia equitativa entre hombres y mujeres?⁶

El aporte de *Perfiles de la masculinidad* son las variantes epistémicas puestas en crisis, pues al crear el objeto de estudio, la masculinidad, los planos desde los cuales se aborda cubren, en general, los matices de la sociología, la antropología y la psicología social. Y así, en los estudios, el sujeto es activo y reproductivo, características que le permiten reconstruir la realidad a partir de la posición social y de los procesos cognitivos que le son propios.

⁶ Al respecto, son determinantes los argumentos vertidos por Pierre Bourdieu en su libro *La domination masculine*, en particular sobre el proceso de deshistorización de los discursos que han “justificado” las acciones de un individuo sobre otro, así como la crítica al reparto de espacios de acción para los individuos, fundamentados en una mitología ancestral. Véase “La masculinité comme noblesse”, “L’être féminin comme être-perçu”, “La vision féminine de la vision masculine” y “Le travail historique de déshistoricisation”, pp. 63–95.

Semánticamente, la obra toca aspectos de las ciencias sociales y encausa la discusión hacia las humanidades, pues la masculinidad, en cuanto categoría de análisis construida en la evolución social, y a la vez como reinterpretación de las estructuras operantes en la esfera pública, política, económica y cultural, resignifica los estudios de género y cuestiona los campos de poder, inscritos también en los discursos■

BIBLIOGRAFÍA

- Boff, Leonardo y Rose Marie Muraro. *Femenino y masculino. Una nueva conciencia para el encuentro de las diferencias*. Trad. de María José Gavito. Milano. Madrid, Trotta, 2004.
- Bourdieu, Pierre. *La domination masculine*. Paris, Seuil, 1998.
- Connell, R. *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*. Cambridge, Polity Press, 1987.
- Montesinos, Rafael. *Masculinidades emergentes*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa, 2005.
- . *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona, Gedisa, 2002.

Silvestre Manuel Hernández
Investigador en Ciencias Sociales
y Humanidades